



Vista general del hotel.

Pequeña historia de un gran hotel

EL ALFONSO XIII DE SEVILLA

A fines de noviembre pasado, la cadena HUSA —concesionaria hasta entonces— anunciaba que a partir del 15 de diciembre de 1974 cesaría en la explotación del hotel Alfonso XIII, de Sevilla, de propiedad municipal, que le había sido concedida por quince años a raíz de un concurso-subasta celebrado en 1971. La crisis del turismo llegaba a Sevilla, y un hotel-símbolo de los mejores años de la ciudad estaba a punto de cerrar. Vino el 15 de diciembre, y la solución provisional llegó, haciéndose cargo el Ayuntamiento de su deficitaria explotación. Actualmente está en curso de convocatoria una nueva subasta para su arrendamiento, pero fuentes hoteleras señalan que parece que definitivamente el hotel de la "belle époque" sevillana quedará preservado, al hacerse cargo de él la Empresa Nacional de Turismo, que ya explota otras instalaciones de este tipo, como el *hostal de los Reyes Católicos*, de Santiago, o el *San Marcos*, de León.

De todas formas, el hotel Alfonso XIII tiene una pequeña historia, reflejo en gran parte de la po-

litica española contemporánea y de los avatares de la vida local, que merece la pena repasar...

1917. Las Juntas de Defensa y la huelga general revolucionaria son noticias que llegan desvaídas

Antonio Burgos

a Sevilla, una pequeña ciudad provinciana que aún no se ha recuperado del gran fracaso que supuso la pérdida hegemónica del comercio con Indias. Para salir de este «impasse», desde años antes un coronel, don Luis Rodríguez Caso, está lanzando a los cuatro vientos del país la necesidad de que Sevilla celebre una magna Exposición Iberoamericana. Cuanto se fue río abajo, con el Consulado de Indias, hasta Cádiz puede recuperarse en la política del progreso y del fomento. Pero no está España para exposiciones. Sevilla, sin embargo, cree firmemente en ella, y un día de ese año de 1917, el Rey Alfonso XIII coloca solemnemente en

los jardines de Eslava, junto a la Puerta de Jerez, la primera piedra de lo que habrá de ser el gran hotel de la Exposición. Una Exposición que ven después los sevillanos se va aplazando cada vez más y que sirve para fines

muy distintos a los pensados cuando se levantan pabellones revivalistas en la plaza de América, cuando Aníbal González proyecta la plaza de España. Así, el pabellón Mudéjar de la primera de estas dos plazas se abrirá por vez primera para algo que tiene poco que ver con el progreso y el fomento: para servir de hospital de sangre a los soldaditos africanos que han sido derrotados en Annual.

La Dictadura y la Exposición

Solucionado en parte el problema africano, la llegada del dictador Primo de Rivera es para Sevilla un alivio. Aparte de que

es jerezano, más o menos de la tierra, la ciudad ve que la Exposición vuelve a marchar. Se solucionan viejos pleitos regionales en la petición del certamen y se fija una fecha para su inauguración, que lamentablemente habrá de coincidir con el «crac» de la economía mundial: 1929. Son, como he señalado en otra parte (1), los años de vacas gordas de Sevilla, cuando los perros se atan con longanizas. Hay una actividad comercial e industrial que por el momento nadie se para a pensar si es verdadera o ficticia. La ciudad se convierte en foco de inmigración, y son los portugueses quienes tienen que venir a segar los campos, porque ya se ha iniciado la emigración rural hacia Sevilla, que absorbe gran parte de la mano de obra provincial en la construcción de los pabellones de la Exposición, de las viviendas de la Exposición, de los hoteles de la Exposición. El Gran Hotel Alfonso XIII sale adelante, después de unas dificultades que se recordarán como un sueño

(1) «Guía secreta de Sevilla». Editorial Al Borak. Madrid, 1974.

EL ALFONSO XIII DE SEVILLA

cuando esté inaugurado. En 1928, un escritor andaluz que habrá que reivindicar un día, José Andrés Vázquez (2), recuerda las fatigas pasadas: «Trabajo ha costado que Sevilla tenga este hotel, pero ya lo tenemos. Once años —se dice esto muy pronto— de vicisitudes y esfuerzos. Un plazo tan largo revela que la construcción de este portento que nos enorgullece ha pasado por horas difíciles y angustiosas. Recordemos que el proyecto suscitó las críticas del apasionamiento y las censuras de los espíritus partidistas, y fue combatida de todas las maneras la gestión directora confiada al Comité Ejecutivo de la Exposición, que no siempre acertó a frustrar la acción negativa de quienes produjeron serias campañas contra la construcción del hotel municipal».

Mano derecha del dictador para que Sevilla cuente con la Exposición es un cordobés, don José Cruz Conde, que desde el primer momento de su actuación como comisario regio y como gobernador civil —un virrey de don Miguel en Sevilla— toma al Hotel como cosa suya. Las obras se adelantaban, en un pugilato con los telegramas transoceánicos que hablan de los libramientos que hacen los países latinoamericanos para levantar sus pabellones: Chile, Santo Domingo, Cuba... Las legaciones oficiales de todos estos países tendrán donde albergarse con dignidad, en una especie de Palace a la andaluza.

Un Palace a la andaluza

Todavía los folletos propagandísticos hablan del hotel con estas frases: «Todo el lujo y elegancia de un gran "Palace" internacional, con el encanto de su patio andaluz, sus ricos artesanados y la gracia misteriosa de su influencia árabe, hacen que... sea único en el mundo». Se quiere, en efecto, construir un gran símbolo de Andalucía, para ofrecer como tópicos a los países americanos que vienen a salvar el atraso del Sur mediante la Exposición.

La fórmula arquitectónica de esta ideología dominante, como ha estudiado Víctor Pérez Escalano, la ha encontrado años antes Aníbal González en su convencional «estilo sevillano». Estilo sevillano (ladrillo visto o labrado, rejillas, azulejería, grandes espacios interiores abiertos, mayor valoración de la fachada que de la uti-

lización racional del espacio) que sigue toda una escuela de arquitectos, entre ellos el autor del hotel, don José Espiau y Muñoz, quien proyecta el edificio y los jardines sobre una superficie total de 12.000 metros cuadrados, en una Sevilla en plena expansión urbanística que todavía no tiene problemas de suelo ni se ha planteado el uso colectivo de estos solares fronteros al antiguo Prado de San Sebastián, al salón de Cristina —obra fernandina del asistente Arjona—, al palacio de los Montpensier. Doce millones de pesetas de la época se gasta el Ayuntamiento en la construcción del edificio y en el montaje de sus instalaciones y mobiliario. Pero doce millones de 1928 dan

lémica: ¿lo ha de hacer el arrendatario o el Ayuntamiento? Don José Cruz Conde (y hay bellas historias sevillanas donde las malas lenguas hablan de que se compraron ejemplares duplicados de todos estos muebles con destino a ciertas casas particulares) decide que es el Ayuntamiento quien debe amueblar y decorar el Gran Hotel, tarea de cuya supervisión se encarga al señor Rubio.

Viendo actualmente el Alfonso —magníficamente conservado en cuanto ambiente—, cualquiera podría pensar que en su decoración se volcaron las artesanías locales, como coetáneamente ocurría con el derribado palacio del marqués de Aracena, en la plaza del Duque Nada más falso. Quie-

de la Real Fábrica. La reja de acceso al comedor, la chimenea del antecomedor, los faroles, los bronces, son de la Casa Herraiz, de Madrid. El mobiliario, de la madrileña Casa Crowner, S. A. «En todos los muebles —dice una reseña publicitaria de la época— predomina el estilo barroco en la planta de honor y el estilo inglés en las habitaciones». Donde la Crowner echa la casa por la ventana es en la «suite» real, que consta de un recibidor, un salón, dos dormitorios principales y dos habitaciones para los acompañantes, así como dos baños alicatados con baldosines verdes y con tres escudos: el de España, el Plus Ultra y el Águila Imperial.

La obra mimada de M. Marquet

En la Europa hotelera de los años veinte, las máximas cotas están marcadas por la cadena de los Ritz y los Palace de M. Marquet. En España, M. Marquet tiene el Palace y el Ritz, de Madrid; el Continental, de San Sebastián; el Sardinero de Santander. No es extraño, pues, dado el alto «standard» que se busca para el Gran Hotel de Sevilla, que M. Marquet se quede con él. El Ayuntamiento pleno, en su sesión del 17 de enero de 1927, autoriza al Comité Ejecutivo de la Exposición Iberoamericana —en definitiva, a Cruz Conde, no olvidemos que España es una Dictadura— para adjudicar libremente el hotel. La verdad es que únicamente M. Marquet acudió a la subasta; no hubo



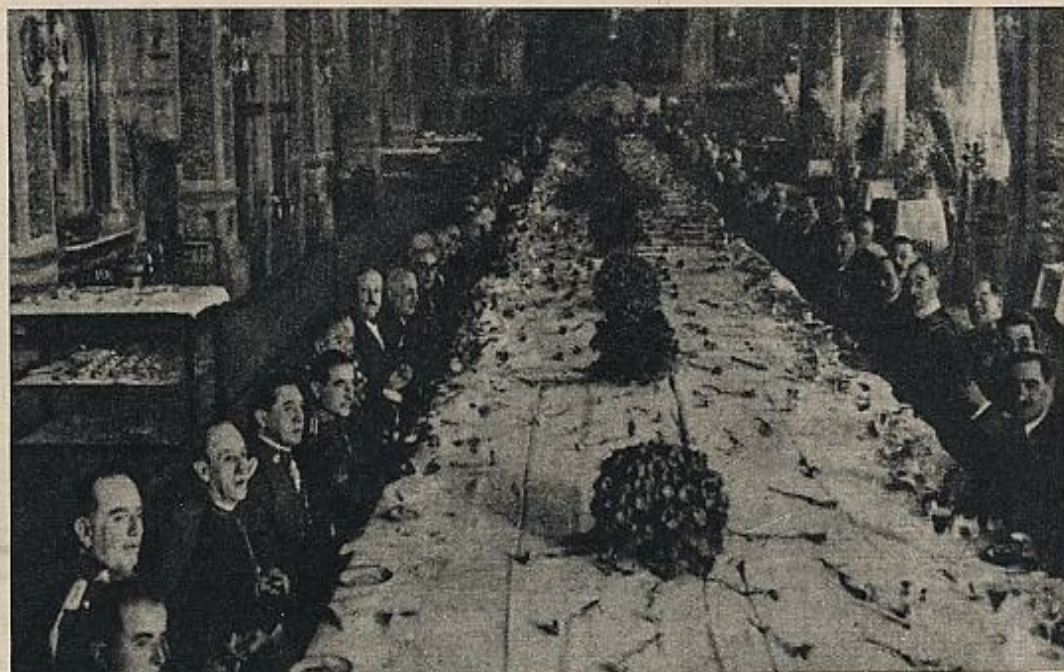
Hotel Alfonso XIII

Jueves 26, a las nueve y media, antes de la
FIESTA ANDALUZA, gran comida
Cubierto, 30 pesetas, con vinos y champagne.
Reservan sus mesas - Teléfono, 21-200

Anuncio de una fiesta flamenca en 1928.

para mucho: para una vajilla real de oro que todavía existe y se utiliza en contadas ocasiones oficiales, o para un amueblamiento del mejor estilo. Amueblamiento sobre el que hay una nueva po-

nes amueblan pretendidamente «a la andaluza» el Gran Hotel no son otros que los especialistas madrileños en el estilo Ritz y Palace. Las alfombras están firmadas por la Casa Stuick. Los tapices son



Cena de inauguración del Alfonso XIII.

(2) José Andrés Vázquez: «El té de las cinco». «ABC». Madrid, 5 de mayo de 1928.



Alfonso XIII, tomando café tras la inauguración del hotel. Le acompañan las infantas doña Luisa (1), doña Isabel Alfonso (2), lady Luisa de Mountbatten (3), la princesa de Pignatelli (4), el infante don Carlos (5), el duque de la Unión de Cuba (6) y el gobernador de Sevilla, Cruz Conde.

ningún otro hotelero español que se sintiera con fuerzas para emprender la aventura. Y M. Marquet queda como arrendatario del Alfonso —como se llama actualmente al hotel en la jerga del oficio— por un período de veinte años. El contrato que firma con Cruz Conde el 4 de agosto de 1927 le compromete a abonar al Ayuntamiento una renta anual de cuatrocientas mil pesetas de las de entonces. La fecha de este contrato nos hace, pues, pensar que no fue Sevilla quien logró el estilo del Alfonso XIII, sino M. Marquet; bajo su supervisión se realizarían las instalaciones y amueblamiento. Porque el gran hotelero tuvo siempre al Alfonso como su obra mimada. Don Antonio Lopera, director del establecimiento durante muchos años, a quien he de agradecer sus orientaciones para levantar de la nada esta pequeña historia, me ha confirmado lo que en Sevilla es suposición de la calle:

—Efectivamente, el hotel le costó dinero a M. Marquet durante muchos períodos de su explotación, y puedo asegurarte que no sólo tenía debilidad por este hotel, sino que además, a pesar de no venir más que una vez al año, se sabía de memoria toda la distribución de habitaciones, las que comunicaban entre sí, etcétera.

Mientras, Sevilla está levantando otros hoteles para la Exposición: el América Palace, el Cristina, el Eritaña (actualmente convertido en cuartel de la Guardia Civil). Pero ya está en los antiguos jardines de Eslava el equipo

de Marquet, y aquél será el gran hotel del certamen iberoamericano.

Doscientas pesetas de plata de Alfonso XIII

Cruz Conde, mientras se ultima el hotel, ha tenido allí sus oficinas de la Exposición, concretamente en las habitaciones marcadas con los números 10, 12 y 13. Ya el 2 de marzo de 1928 está todo a punto y se ha nombrado a un director belga, M. Marcel Loccus. M. Marquet celebra el acontecimiento con una cena ofrecida en honor de Cruz Conde y del alcalde de la ciudad, señor Díaz Molero. Al día siguiente, en su primera página, «El Liberal» sevillano escribirá: «Puede considerarse desde esta fecha abierto el hotel Alfonso XIII». Hay otra comida en estos días iniciales, muy de la época: la celebra el Club Rotario. Pero en firme parece que se abre a los alojamientos el 7 de marzo: el primer cliente que firma en el libro de entradas es un turista desconocido, mister Georges Michel. Algo más conocido es otro cliente que llega al día siguiente, día 8 de marzo de 1928, acompañado del duque de Arión: es el Rey Alfonso XIII, que duerme aquella noche en la «suite» del hotel que lleva su nombre. Cuando abandona el hotel paga la cuenta del alojamiento, las comidas y los extras, como un cliente cualquiera: son doscientas pesetas de plata.

Casi un año después de la aper-

tura del hotel, el 9 de marzo de 1929, se inaugura solemnemente la Exposición. El hotel está siempre lleno, todos se maravillan de su ambiente. Y aprovechando la tradicional visita a Sevilla del Rey por primavera, a los pocos días de la Feria, se celebra la inauguración oficial el sábado 28 de abril de 1928. No es raro que los Reyes vayan por el hotel; allí celebran muchos almuerzos íntimos o presiden fiestas, como la flamenca que ha habido dos días antes a beneficio del Consultorio de Niños de Pecho. El periódico local «La Unión» escribe: «En los billetes había un renglón que decía: "Con asistencia de SS. MM. y AA. RR."; y al flujo de estas ocho mayúsculas, la caridad pública avivó sus llamaradas, los niños de pecho inspiraron mayor interés que de ordinario y los billetes, en mirífica savia, empezaron a caer en la caja de la "Gota de Leche" a cambio de las tarjetas de invitación...». Ya el Alfonso XIII es el hotel de la alta sociedad sevillana, que aquella noche ve en el tablado a Pilar Molina, Carmen Vargas, las bailarinas del maestro Otero, el Niño de las Marianas y a una cantaora joven a la que dicen la Niña de los Peines, porque canta...

... péinate tú con mis peines
que mis peines son de azúcar...

... acompañada por la guitarra ya legendaria de Javier Molina.

La noche de la inauguración, otra vez está en el Gran Hotel toda Sevilla, parte de la Corte

que se traslada al Sur cada primavera. «A las diez y cuarto —informa "El Liberal" sevillano del día 29— entraron los Reyes con su séquito en el hotel, siendo recibidos por el alcalde, don Nicolás Díaz Molero, y por el comisario regio de la Exposición y gobernador civil, don José Cruz Conde». Se celebra la cena de gala: junto con los Reyes, allí está Primo de Rivera, presidente del Consejo de Ministros; los sevillanos infantes don Carlos y doña Luisa, toda la Sevilla aristocrática y oficial. «Terminada la comida —sigue "El Liberal"—, las personas reales tomaron el café en una de las mesas dispuestas en la galería, pasando luego al salón de baile». «Terminada la comida —informaba "El Noticiero Sevillano"— dio comienzo el baile en el gran salón de fiestas. Su Majestad la Reina, que vestía un precioso traje en tisú de plata y valiosas perlas, con echarpe de armiño, bailó el primer pasodoble con el señor Cruz Conde. Con diferentes aristócratas bailaron Su Majestad el Rey y las demás augustas personas, así como innumerables parejas que llenaron el amplio salón». Y «La Unión» precisa: «La aristocracia madrileña, que se encuentra en Sevilla en unión de toda la "élite" sevillana, se hallaba también en el local».

El hotel sigue conociendo todavía tiempos brillantes aquellos años. Cuando Ramón Franco y el mecánico Rada vuelven a Sevilla después de la hazaña aérea del «Plus Ultra», el hotel es escenario de un gran banquete de homenaje. Pero pronto comienzan a soplar malos vientos. La crisis del 29 repercute en la economía local, que a trancas y barrancas tiene que hacer frente a los grandes dispendios que supuso la Exposición, que después se supo había sido un fracaso. La coalición republicano-socialista tiene en Sevilla a un hombre fuerte, de gran predicamento popular, don Diego Martínez Barrio, y pronto van a terminar las fiestas del Alfonso XIII.

De hotel Alfonso XIII a Andalucía Palace

En Sevilla triunfa la coalición republicana en las elecciones municipales de abril de 1931. Las filias monárquicas pronto cambian en fobias, y un periodista satírico, «Don Cecilio de Triana», se plantea en verso seriamente en «El Noticiero Sevillano» cómo habrá que llamar de allí en adelante a los pavos reales del parque de María Luisa. «Seguramente —dice—, pavos ex reales», en ▶

EL ALFONSO XIII DE SEVILLA

la ola antimonárquica que invade el país, y a la que no se escapa el hotel. Un grupo de manifestantes apedrea en los primeros días de la Segunda República los carteles que llevan el nombre de don Alfonso. El Ayuntamiento, leal a don Diego Martínez Barrio, ya nombrado ministro de Comunicaciones, decide hacer lo que Don Cecilio con los pavos reales del parque, y lo titula «Hotel Municipal» para evitar provocaciones, al igual que el Betis Balompié deja de ser «Real» y acuña su actual escudo, el de las trece barras blanquiverdes, pero sin corona. En julio de 1931, M. Marquet, que sabe velar por el estilo de sus hoteles, propone al Ayuntamiento un nuevo cambio de nombre: sugiere el de «Andalucía Palace Hotel», que es aprobado en un Pleno ese mes de agosto. Pero aunque se haya cambiado el nombre, las cosas van mal. La aristocracia, la «élite», teme ir a los tédanzantes, a las comidas, a los bailes en el ya Andalucía Palace Hotel. Un dato puede ilustrar esta crisis: mientras que el 14 de abril el hotel estaba lleno, en vísperas de las fiestas de primavera, a los tres días queda un solo cliente, que es un huésped estable, el sevillano don Luis Cobián, fundador de la fábrica de hilados Hytasa, que tanto juego habrá de dar años más tarde a Queipo de Llano en las forzadas autarquías nacionalistas durante la guerra civil. (Siempre hay un virrey en Sevilla, es una larga cadena, rota con la caída en desgracia de Queipo: Rodríguez de la Borbolla, Cruz Conde, Martínez Barrio, Queipo de Llano... Quizá Ramón de Carranza, marqués de Soto Hermoso, fue el último virrey sevillano.)

Sevilla sufre la depresión del 29 en todas sus consecuencias, el boicot de la oligarquía terrateniente del Sur a la política económica de la Segunda República. Son días tristes, de paro y de manifestaciones, y el hotel ha de cerrar parte de los años 1934 y 1935, paradójicamente en el bienio negro. Tras un banquete al señor Moreno Calvo, que viene a encabezar nada menos que don Alejandro Lerroux, presidente del Consejo, el Andalucía Palace Hotel vuelve a abrir el 11 de marzo de 1935. La explotación se concede entonces a don Alfredo Alburquerque, mediante una subasta de la que poco se sabe —la primera concesión a M. Marquet no expiraría hasta 1937—.

Cuando el 18 de julio de 1936 Queipo de Llano —que al venir a Sevilla para encabezar la sublevación no ha dormido en el Alfonso

para no infundir sospechas, sino en un modesto hotel de la calle García de Vinuesa, el Simón— se hace nuevo virrey del Sur, hay en la casa un solo cliente: don Santiago Tarodo Forte, alto cargo de la Casa Kodak, que está en viaje de negocios, tratando de vender máquinas de cajón con vistas a aquellas vacaciones de 1936, que serán irremediablemente perdidas, y no por culpa de la Casa Kodak precisamente, para muchos españoles.

Conforme va triunfando el movimiento, el Andalucía Palace vuelve a ser lo que fue. El señor Alburquerque, en vista de las circunstancias, cede los derechos de explotación a M. Marquet. La aristocracia española que ha podido evadirse de Madrid se concentra en Sevilla, ¿y dónde establecerse sino en el Alfonso? También allí se establecen los primeros alemanes, que luego (3) tomarán como cuartel general de sus operaciones en el Sur y cerca del Cuartel General otro hotel de la Exposición, el **Gran Hotel Cristina**.

Franco también llega a Sevilla después de que sus tropas han cruzado el Estrecho, pero también desiste del hotel. Se instala prácticamente enfrente, en la Puerta de Jerez, en el palacio de Yanduri, que ha sido sede de la Intendencia General de Andalucía, y donde a comienzos de siglo ha nacido Vicente Aleixandre, nieto del intendente.

Traficantes de armas, altos oficiales con permiso, nobles huidos de la «zona roja», el hotel es de 1936 a 1939 un fiel espejo de la España nacionalista. Hasta tal punto que por sus simpatías al Frente Popular francés, Queipo de Llano pone en veinticuatro horas en la frontera de Irún a la directora, que es una francesa, madame Inés Lanevere. (Más tarde, el señor Konrad Kessler, concesionario del restaurante del Ritz madrileño, que logró evadirse de la zona republicana a través de Portugal, se hace cargo de la dirección.)

Portugueses y moros notables

Con la terminación de la guerra civil, el Andalucía Palace —que sólo volvió a llamarse oficialmente «Alfonso XIII» cuando la cuestión monárquica había sido aclarada por las Leyes Fundamentales del nuevo Régimen— refleja los vaivenes de la política exterior española. Al igual que para el período anterior no se dispone del «libro de honor», éste está com-

pleto a partir de la guerra civil. Por tanto, antes de 1936 hay que tomar las estancias por el libro de registro. Sabemos así que allí se alojaron Cole Porter, C. S. Gubekian, Sanjurjo, Jorge II de Grecia, Calvo Sotelo, el Presidente Alvear de la Argentina, el barón de Rothschild, Ramón Franco...

El «libro de honor» comienza con la firma del conde Ciano, cuando viene a Sevilla a estrechar lazos con Serrano Súñer en julio del 39. También firman el mariscal Pétaín (mayo de 1939), Serrano Súñer, el general Moscardó, el general Varela, Muñoz Grandes poco antes de partir para la campaña de Rusia... Es el hotel de la nueva España: de los ministros, los delegados, los embajadores, los jerarcas. El Alfonso XIII también albergaría los sueños perplejos del embajador británico sir Samuel Hoare, que duerme allí en abril de 1941. Para el Pacto Ibérico y para la entrevista Franco-Oliveira Salazar, en febrero de 1942, también es el hotel pieza importante. Porque mientras que las conversaciones se celebran en el Alcázar, Salazar duerme en el Alfonso. El Generalísimo nunca —que se sepa— ha pernoctado en el Alfonso, al menos tras su ascensión a la Jefatura del Estado. Tras su primer cuartel general en Yanduri, en las posteriores estancias sevillanas ya vino al Alcázar. Aunque hay que aclarar que si bien no fue al hotel, el hotel sí fue al Alcázar: desde las sábanas hasta la comida, todo se le enviaba desde el viejo Palace sevillano.

Vienen los años del aislamiento internacional, en que los máximos honores han de darse a artistas, a escritores, a investigadores: Hasta que, de pronto, comienzan a llegar al Andalucía Palace moros notables, Reyes de países árabes, emires de ignotos territorios que comienzan a romper el cerco diplomático. La «suite» real entra de nuevo en funcionamiento. Todavía hoy se recuerda la primera de estas visitas, la del Rey Abdullah. Ya normalizadas las relaciones diplomáticas en toda su extensión, llegan también otros huéspedes ilustres en 1948: el doctor Fleming en olor de multitud, Tyrone Power; Waskman, el inventor de la estreptomina; Messerschmitt, el de los cazas... Mohamed V de Marruecos llega en el año 1956. Un año más tarde será la más recordada visita de moro ilustre al Alfonso XIII, la del Rey Ibn Saud de Arabia, que regala relojes de oro a todo el personal: Son años de protocolo, y la Universidad ya se ha trasladado junto al hotel, a la antigua

Fábrica de Tabacos. Un día, los estudiantes cercan el Alfonso XIII para rendir homenaje goliardesco a Saud de Arabia. El Rey sale al balcón principal y saluda a aquel estudiantado que ya ha vivido sus primeras luchas por la representatividad. Cuando el Rey sale, la manifestación no sabe qué hacer. De pronto inicia un popular pasodoble, puesto de moda en toda la ciudad por un programa matutino de Radio Sevilla, de la Cadena SER. Es el himno de ese programa que se llama «Conozca usted a sus vecinos», y en el que cantan por la Marifé todas las criadas de Sevilla:

**Si conoces a tus vecinos,
un consejo te darán...**

Después, mientras Saud no hace más que saludar detrás de sus gafas negras, siguen los himnos estudiantiles. Ahora es otra popular canción de la radio, el anuncio de las «Hojas Palmera»:

**Un sultán vivía
en un lujoso harén,
mas con sus vasallos
no se llevaba bien,
porque le decían
aféltate bien...**

Cuando el Rey pregunta desde la balconada principal del hotel, ondeando la verde bandera de su país, qué cantan los estudiantes, el jefe de protocolo se las ve y se las desea:

—Son himnos patrióticos, Majestad —le explica—, que entonan en su honor...

Cada feria, el hotel se llena de famosos: Orson Welles, sir Alec Guinness, Ingrid Bergman, Ava Gardner, o de toreros. Pero los toreros no se visten en el Alfonso XIII, y prefieren el Colón (antes **Majestic**, dice todavía un rótulo de tiempos autárquicos y nacionalistas). Excepto Luis Miguel Dominguín, con mayor asiduidad, y Antonio Ordóñez, Antonio Bienvenida y Paco Camino en algunas ocasiones, los toreros —a pesar de su innata aptencia al ascenso social— han rehuído el Alfonso XIII y han preferido cumplir con la tradición del hotel.

En cada visita ministerial, el hotel se llena de subsecretarios y directores generales. Porque a pesar de los muchos establecimientos de cinco estrellas que se han abierto en Sevilla últimamente, el Alfonso XIII sigue siendo representante de unos ciertos modos de vida, del estilo Palace. Cuando lo tomó la cadena HUSA perdió mucho de este estilo. Ahora que parece que lo explotará la Empresa Nacional de Turismo, quizá se conserve este fósil de una retardada «belle époque» sevillana.

■ A. B.

(3) Arthur Koestler: «La escritura invisible». Alianza Editorial. Madrid, 1975.